

Dos textos acerca de Pepe Maya

En una ocasión, Juan García Ponce invitó a Pepe Maya a colaborar en un número de la Revista de la Universidad de México dedicado a Malcom Lowry. Pepe Maya atento a García Ponce y a la obra de éste, tuvo el acierto de reconstruir la iglesia de la Virgen de la Soledad. Era el tiempo en que Jaime García Torres era el director de difusión cultural de la UNAM menos burocrático que ha existido; era el tiempo de la rectoría del Dr. Ignacio Chávez y de la Revista de la Universidad entre cosas y personas como Alicia Pardo, Ana Sosa y Pepe Maya.

Pepe Maya: diseñador de libros, programas y todo lo demás. Pepe Maya pinta, dibuja, diseña. Para él las troyanas viven. Para nosotros, las troyanas viven más allá de Homero y más acá de Joseph Conrad; habitantes del centro del mundo, transitan por todas las épocas pues no tienen edad: lo mismo aparecen niñas que alcanzan madurez sólo concebible con la razón. De los humeanos muros de una Troya destruida por sangrienta guerra provocada, en buena medida, por la bella Helena raptada voluntariamente por Paris; los lamentos prolongan o metamorfosean a las troyanas que al igual que otros seres mitológicos conocen representaciones en museos, la tira cómica y el cine. No resulta inútil recordar que Michael Cacoyannis arremetió con una espectacular producción de *Las Troyanas* filmada en 1971 y en España, que a su vez registraba el antecedente de haber sido puesta en escena por Cacoyannis con enorme éxito. Este mismo realizador —que alcanzara fama internacional con *Zorba el Griego*— recurrió también a

Eurípides con *Electra* y recientemente, con *Ifigenia* ayudado por la música de Mikis Theodorakis. Y ya que de música se trata, además de las danzas sagrada y profana, las troyanas están presentes en una obra de Héctor Berlioz que entusiasmó a José Martí, quien tuvo el valor y buen gusto de escribir (citado por Alejo Carpentier quien no se cansa de repetir, con razón, que apenas en este siglo la partitura de Berlioz ocupa puesto capital en la historia de la música): “notas desgarradoras en que la mísera y hermosísima Casandra anuncia a los troyanos que en aquel caballo de Troya al que abren las puertas de la ciudad de cuyo enorme vientre surgen como lejanos ecos guerreros vienen ocultos los griegos invasores, y se ve en aquella música de Berlioz, en su ancha túnica blanca, los brazos retorcidos de Casandra; y cómo tiembla Eneas al contar a los troyanos cómo Laocoonte ha muerto y cómo se enroscan las serpientes al cuerpo gentil de Laocoonte”. Nada de raro tendría que las troyanas visitaran la radio y la televisión aunque sí caminan por la música popular, idiomas (tan distantes y diversos, entre otros), como el español de Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges y García Torres, el inglés de Henry Miller, el polaco de Kazimierz Brandy y el griego que se habla en los años que nos ha tocado vivir. Además del teatro de Giraudoux y Anouilh quienes recobran, en francés del siglo XX, algunos de los mitos griego. Pues *Las Troyanas* nacieron en el teatro, trágico, más moderno cuanto más antiguo.

Y teatro es la serie de las troyanas de Pepe Maya, mujeres desnudas, con el sexo como sudor pegado a sus cuerpos,

iluminadas por la luz solar y presididas por reflectores y un caballo de utilería. Con estas troyanas, Pepe Maya, además de pintor, se suma a la lista de grandes

recreadores, verdaderos creadores del mito primero y universal, de la palabra única.



Más allá de Homero y más acá de Joseph Conrad, las troyanas batallan contra el mar salado. Anónimas, responden a todos los nombres: se llaman x, y, z; transitan por épocas que nos ha tocado vivir más allá de Homero y más acá de Joseph Conrad, salidas del mito, y por lo tanto, atentas a la palabra primera. Se llaman x, y, z; son y no son hijas de Hécuba, la perra, universal madre que llora la devastación de una ciudad legendaria pero habitada de inmortales, más allá de Homero y más acá de Joseph Conrad, combatiendo con ese fervor e insólitas plegarias, luchando contra hermosas aguas vírgenes, amargas, esperando contra toda esperanza, estrofas y antiestrofas aliadas hermanas cautivas que nacen y nunca mueren pues son inmortales y, como la perra paridora de hijos, madre universal, Hécuba reina, esposa del último rey de Troya, ciudad que existió o no tuvo razón de vida en el Asia Menor. El mar salado, amargo, baña las hijas de Hécuba y Príamo, últimos reyes de Troya. Algunos nombres se recuerdan: ciertos de ellos han llegado hasta nuestros días respondiendo a Héctor — que tuvo que ver con Andrómaca aunque ésta, muy llorona, había perdido a su padre, sus hermanos y tenido un hijo: Astríanax o Astríanacto. Se dice, “en un episodio conmovedor de *La Ilíada*”. Paris, raptador de Helena, la otra perra más hermosa, aquella que, como Semiramis, uno no se casa, sólo se suicida, según apunta Faulkner, faulknerizado, en ese remedo que se llama *En la ciudad*.

Más allá y más acá, aunque Pepe Maya, pintor, insista en que las llamadas más innombrables x, y, z responden

a todos los nombres y a ninguno, así se llamen como se llamen y hayan sido designadas como, a, b, c, Casandra adivinadora profetiza; Polixena, arrebatada a las madres de la madre, inmolada luego; tú, yo y nosotros, hijos, cautivos, esas mujeres van por aquí y por allá; y más allá y más acá de lo que dice, de lo que pinta, las troyanas de Pepe Maya abarcan un siglo que hemos sabido vivir. El de vida perdurable, por los siglos de los siglos.

Así sea.

...en esta exposición, Pepe Maya desea mostrar algunas de sus resultantes de veinte años de trabajo asiduo y prolífico, itinerario que, al parecer paradójica y por fortuna contradictoriamente, pues se hallan venturosamente presentes ascensos e inevitables caídas que Camus ejemplificó en una de sus novelas, se cierra en sí mismo (se cierra en la luminosa transparencia que Emilio Prados concentrara en un jardín nunca perdido; se cierra mas jamás se *encierra*) al par que inaugura un siempre renovado punto de partida iniciador de otros senderos cuya máxima virtud reside en que cumplen función de correspondencia consigo mismo y con los demás, en inaugurar ese perpetuo presente convertido en puntos suspensivos desconocedores de la clausura dictada por los apartes u otros signos de puntuación más o menos cómodos...

...en este tránsito reunidor de vida y espíritu se hallan invitados nombres y figuras ilustres, recorredores de caminos precedentes que asimismo conducen a ese jardín exento de tristeza, en cambio presidido por el buen humor que destruye toda solemnidad precon-

cebida, por una sonrisa angelicalmente perversa que sólo admite población más frecuente y numerosa, el crecimiento sólo calentado por la alegría de la luz solar en el que reina la mirada gozosa con la que son *tocados* aquéllos que han tenido la suerte de asistir a un festín y no a un simple acto fisiológico que, disfrazado de utilidad nutritiva, termina en la expulsión de materias de fácil o doloroso desecho...

...convidados cuyo reino no es la piedra y sí la felicidad de la patria de aquí abajo, de este suelo que se puede pisar y hasta patear, terreno admitidor de ruedas impulsoras de continuo movimiento, de alabanza, de agradecimiento, de amorosas declaraciones en las que el combate guerrero alcanza dignidad alta

de victoria sólo lograda en aras de la Belleza...

...diálogo y correspondencia; cómplices, miradas y sonrisas; irrupción generosa de palabras brotadas en labios, ojos, atentos oídos, tacto siempre atento con sabor a múltiples idiomas que, como el árbol de un poema célebre de Octavio Paz, podemos fraternalmente *saber* que está "bien plantado" más siempre "danzante" estallando en los frutos del eterno recomenzar, a ese perpetuo presente regido por la continuidad de los puntos suspensivos equivalentes de horas nada inmóviles...

Juan Vicente Melo

